

## CAPÍTULO VI

### EL RETRATO

Una hora después, cerraba Dolores la carta siguiente:

«Mi hija me ha entregado, señor Conde, la carta que usted ha hecho llegar á sus manos con tanto sigilo; no debe usted extrañarlo: la pobre niña no le conoce á usted, al paso que yo no me he separado nunca de ella.

«Quizá por esta misma razón me ha encargado mucho le diga á usted que rehúsa separarse de mi lado, como no sea para casarse con el hombre á quien ama. Para dar á usted los informes que indudablemente deseará tener, le diré que es un pobre artista, un pintor, hijo y amparo de una viuda, que tiene también otra hija, y á cuya familia conocí en París cuando llegó Lágrimas á mi lado.

«Lágrimas prefiere una madre que conoce y

un hombre que ama, á un padre á quien no ama ni conoce.

»Soy de usted con toda consideración, señor Conde, su servidora.

DOLORES HERRERA, *viuda de Benavente.*»

Esta carta fué llevada al instante á casa de Berta, para que ésta la entregase en manos del Conde de Elvén, viudo de su hermana, y con el que la unían las mejores relaciones.

Dolores, apenas remitida, se puso un traje negro, cubrió su cabeza con una mantilla, y salió á pie para ir á casa de madame Warner.

Vivía ésta bastante lejos. Aquella mujer cubierta de luto, de aspecto doliente, pero cuya belleza brillaba á través del negro velo que la cubría como una estrella entre nubes, llamó la atención de algunos transeuntes, que la conocían y admiraban el carácter especial de aquella hermosura, que no podía equivocarse con ninguna otra.

Dolores era una de esas mujeres á la moda en el mundo del desorden, cuya boga duraba más que la de Coralia porque se había prodigado mucho menos. Dotada la señora de Benavente de una distinción natural y de un exquisito buen gusto, aparecía pocas veces en el mundo, y éstas con

cierto decoro, aun en medio del fango en que vivía.

Más de una persona volvió, pues, la cabeza para mirarla, al verla envuelta en luto y arrastrando un largo traje de seda negro, como si hubiera querido personificar la imagen de la soledad y del dolor.

Pero ella no se cuidaba del efecto que producía, y seguía su camino lenta y tristemente.

Llegó por fin á la casa que buscaba, y subió hasta el piso segundo.

Por una singular coincidencia, madame Warner, atendiendo á ideas de economía, había ido á habitar en el mismo barrio en que ella había vivido cuando niña; su casa se hallaba situada al extremo de la calle Ancha.

Una criada abrió la puerta, y Dolores pronunció, con voz trémula, el nombre de madame Warner.

—Pase usted á la sala, señora—respondió la criada.—Voy á llamar á mi ama, y vendrá al instante.

Dolores se alegró de esta tardanza. Desde París, no había vuelto á ver á la alemana. Aquella mujer, cuya virtud era una formidable acusación para su azarosa vida, le causaba un res-

peto medroso, y le imponía de un modo indecible.

Paseó su mirada por aquella modesta habitación, donde todo respiraba el amor al orden y la más extrema pureza de costumbres, y la comparó amargamente con la opulencia que decoraba su casa, y que se le iba haciendo insoportable.

La sillería, que debía ser de buena tapicería, estaba cubierta cuidadosamente con una tela de Persia de flores muy vivas. Una mesa de caoba ocupaba el testero principal; al frente había un sofá bastante grande y compañero de las sillas.

Un espejo, cuadrado y pequeño, pendía sobre la mesa, sostenido con cordones de seda; un reloj y dos candeleros se ostentaban debajo del espejo.

Por último, cortinas blancas caían delante del único balcón, semicubiertas con otras de tela de lana floreada como las cubiertas de la sillería.

La riqueza de aquella modesta habitación consistía en los cuadros que la decoraban.

Eran muchos y de gran mérito artístico, y todos llevaban la misma firma que los que adornaban la habitación de las hijas de Dolores. Esta firma decía: *Frantz Warner*.

Sobre el sofá había tres magníficos retratos.

El del centro era el de madame Warner. Dolores reconoció la pura y sentimental belleza de

Margarita, que los años no habían podido alterar, y que sólo había adquirido un carácter de mayor dulzura y de más completa tranquilidad.

Á la derecha de éste estaba el retrato de otra joven rubia, pensativa é ideal: era el de Ida, y Dolores la reconoció también al instante.

El de la izquierda era el de un hombre muy joven y dotado de una belleza tan expresiva, tan magnífica, que Dolores no pudo contener un grito de asombro.

Aparentaba aquel joven de veinticuatro á veinticinco años, y el carácter de su belleza era de esos que, una vez vistos en imagen ó en realidad, jamás pueden olvidarse.

Tez morena, ligeramente tostada por el sol de Italia; ojos azules, con el tinte sombrío de la pizarra; cabellos negros, magníficos, lustrosos, espesos, que se rizaban sobre la frente y sienes en grandes bucles naturales; boca delicada y triste, adornada por un fino bigote negro, y nariz griega: tal era en detalle aquel rostro, á un tiempo mismo varonil y encantador.

El conjunto causaba á la vista un efecto difícil, por no decir imposible de explicar.

Ante aquella pintura, Dolores sintió que sus piernas flaqueaban y se negaban á sostenerla; dos

ó tres sonidos inarticulados se escaparon de su pecho; en sus mejillas se sucedían la palidez más densa y el más arrebatado carmín.

Su corazón, helado é inmóvil desde hacía tanto tiempo, como un pájaro herido, se inundó de vida y de calor, y empezó á latir presuroso; miraba aquella noble frente de artista, de la que parecían salir rayos de luz, y creía que empezaba á vivir, y que el sentimiento de lo bello se elevaba en su alma, donde había estado dormido toda su vida.

Dolores, estremecida, fascinada, palpitante, sentía que las negras nubes que habían envuelto hasta entonces su material y ruin existencia, huían presurosas; sentía el amor ideal, el amor noble, el amor puro, cuya fuente está en el alma.

Aquella mujer, que tanto tiempo había vivido agobiada bajo la mano férrea de la desgracia, bajo la garra acerada del vicio; aquella cortesana marchita, doliente, cuya alma enferma dormitaba ó gemía en el lóbrego calabozo de la materia; aquella pobre mujer, que no rezaba ni sentía, levantó al cielo azul, que se veía á través del balcón, una mirada ardiente y entusiasta, y gritó con voz sonora y fuerte:

—¡Gracias, Dios mío! ¡Yo existo!

Luego, con las mejillas cubiertas con el son-

rosado del entusiasmo, con los ojos brillantes y animados, llenos de dulces lágrimas, volvió enfrente del retrato, y se puso á contemplarle como si fuera el de una persona amada con pasión.

Entonces empezó con él un diálogo que no se exhalaba en voces, que no subía hasta sus labios, pero que sostenía su corazón.

—¿Dónde has estado?—le decía;—¿dónde has estado que no te he visto, que nunca has pasado de los límites de mis sueños? Yo, que he corrido ese vasto erial que llaman mundo; yo, que he visto á mis pies tantos hombres, ¿cómo no he llegado á verte, desconocido mortal, y cómo la fama no ha traído hasta mí tu nombre, tu nombre que debe ser glorioso, esclarecido, tu nombre que está sin duda circundado de gloria?

Este soliloquio fué interrumpido por el ruido de unos pasos cercanos, y que, á juzgar por su ligereza, debían ser de mujer.

Un instante después, apareció en la sala la persona cuyos pasos se oían.

Era Margarita Warner.

Dolores se levantó, cortada y confusa, lo mismo que si la hubieran sorprendido en una cita amorosa, lo mismo que si hubiera tenido sólo quince años.

¡Tenía menos aún! ¡Empezaba á vivir, porque sentía la primera emoción de amor!

Margarita era la misma mujer bella y apacible, tranquila de alma y semblante; vestía muy sencillamente: una gorra blanca, y de tul liso, parecida á una toca alemana, dejaba escapar algunos rizos de un hermoso color dorado.

Sus ojos azules eran brillantes, dulces, límpidos como el cielo; su cara, ovalada, tenía el matiz de las hojas de una azucena; su dentadura era blanca y perfecta.

Aquella mujer angelical tenía alguna semejanza con los dos retratos jóvenes que se elevaban encima del sofá: el de la bella niña parecía haber copiado su dulzura y su hermosa cabellera rubia; el del joven la nobleza de su frente grave y serena.

Dolores era mucho más joven que Margarita: apenas contaba treinta y tres años, y aquélla había cumplido cuarenta y cuatro, y, sin embargo, es tan cierto que una vida pura conserva la juventud y las gracias, que, á pesar de la extraordinaria belleza de Dolores, se advertía en ella un sello de tristeza, de angustia y de sufrimiento, que alejaba toda idea de frescura y de juventud.

Margarita la reconoció al instante, y su primer

movimiento fué retroceder dos pasos; pero luego, dominando su generosidad natural, la saludó afectuosamente, aunque sin tenderle la mano.

Dolores se sintió humillada, herida: no se había escapado á su penetración aquel primer movimiento repulsivo; lo esperaba, y, sin embargo, le hizo un daño horrible.

—Señora—dijo Dolores,—veo que se acuerda usted de mí, y que sabe á quién hace hoy el honor de recibir en su casa.

—¿Y cómo pudiera olvidar á la mujer cuyo corazón noble y generoso me socorrió cuando yo sufría la proximidad de una miseria angustiosa?—dijo Margarita.—Esas cosas, señora, no se olvidan jamás, y al menos yo tengo la dicha de recordarlas siempre.

—Lo creo—repuso Dolores:—creo que se acordará siempre del bien, y olvidará el mal; eso es propio de las almas generosas, y por eso vengo á hablarle confiadamente de un asunto que me interesa más que la vida, y en el que le suplicó me diga la verdad, toda la verdad, señora.

## CAPÍTULO VII

### LAS DOS MADRES

Dolores, después de pronunciar estas palabras con la vehemencia que era natural en ella, esperó la respuesta de madame Warner.

—Siempre he dicho la verdad, señora—repuso Margarita:—¿por qué, pues, no la había de decir ahora? Estoy pronta á contestar á todas las preguntas de usted con la más completa franqueza.

—Pues bien: mi hija mayor ama á su hijo de usted, según me han dicho... ¿Es eso cierto?

—Creo que sí, señora.

—¿Y él?

—Él la corresponde del mismo modo. Si usted repara bien esos cuadros pintados por la mano de Frantz, verá en todos ellos una figura que se parece á Lágrimas. La ama desde que vió un retrato suyo, hecho cuando apenas contaba Lágrimas doce años; lo tenía mi hermana, y se lo enseñó: desde entonces está Frantz enamorado de su hija de usted.

—Y este amor ha crecido oculto, ¿no es verdad? ¿Y no se ha contado con que pudiera desagradarme?

—Señora — respondió Margarita irguiéndose con altivez, — mi hijo sólo ha temido desagradar á una persona, y esa no es usted.

—¿Pues quién es?

—Yo: á mí temía, y teme aún, desagradar Frantz con la confesión de ese amor; en cuanto á usted, creía que podría llamarse dichosa al darle su hija.

—¡Pues se ha equivocado usted, señora — repuso Dolores impetuosamente, — y ha olvidado que es el sobrino de la institutriz de mi hija!

—Es un hombre honrado, señora, y es además un hombre de genio: tiene, pues, dos aristocracias: la de la virtud y la del talento.

—Está bien — dijo la señora de Benavente reprimiéndose: — tal vez pudiera arreglarse esta boda, si mi hija se empeñase en ello... Lágrimas tiene disculpa sin duda, si después de haberle visto, se ha enamorado de él... ¿No representa ese admirable retrato á Frantz?

Dolores hizo esta pregunta con la voz vacilante, y señalando al retrato colgado sobre el sofá.

—Ese es mi hijo — repuso Margarita.

—Ha conservado su hermosura de niño — observó Dolores fijando en la pintura una mirada ardiente, como si fuera la primera vez que la contemplaba; luego añadió con volubilidad para disimular sus impresiones:

—Aún voy á molestar á usted con otra pregunta, señora, rogándole que me dispense si la fatigo tanto.

—Estoy pronta á responder á usted.

—Mi hija menor ama á su vez y es amada de un joven á quien conocí siendo niña: fuí vecina y amiga de su hermana Modesta. Usted, señora, que es amiga, como mis hijas, de esas personas felices, ¿puede decirme la opinión de la familia de ese joven, de sus padres, por ejemplo, acerca de ese amor?

—Los padres de Federico, señora, quieren tiernamente á Luz: eso me consta; su hija mayor, Modesta, la ama también, y lo mismo los parientes de su marido, que la conocen desde que usted la trajo de Francia pequeñita.

—¿Luego accederían al enlace de Federico con mi hija?

—Sí; pero con una condición.

—¿Usted la sabe?

—Sí, señora.

—¿Puedo yo saberla también?

—No me han encargado el secreto: la condición es que usted deje..., se retire de la vida que lleva.

Margarita vaciló al pronunciar estas palabras: temía, de una parte, que no las hubiera comprendido Dolores; y temía también que las comprendiese con demasiada claridad.

Esto último fué lo que sucedió, pues un subido carmín vistió las pálidas facciones de la pobre extraviada; pero su bello y melancólico semblante no demostró enojo ni ira: pronto aquella nube de vergüenza abrió su seno, dejando escapar el llanto del dolor y de la humillación.

—Margarita—dijo tomando la mano de la madre del pintor,—usted ha sido mi amiga: sabe de qué modo fuí arrastrada á la pendiente fatal de la culpa y de la infamia; sabe la desgracia que me sumergió en la viudez, cuando, por efecto de los desórdenes del hombre que fué mi marido, estaba ya envuelta en la pobreza; pues bien: ¿que debí hacer entonces?; ¿qué debo hacer ahora?

—Entonces, pobre mujer—contestó madame Warner,—entonces resistir para no caer; huir de la infernal amiga que quería hacer de usted una infeliz como ella. Usted había cometido una pri-

mera falta, es verdad; ¿pero acaso el que cerca de un precipicio da un paso en falso, no procura asirse á las débiles ramas del camino para no hundirse en él? Porque se falte una vez á las leyes sagradas y austeras de la virtud, ¿hay que precipitarse en los abismos del vicio? Eso sería horrible, y desde luego es, si sucede, muy digno de censura.

—¡Ah, Margarita! ¡Habla usted como la mujer fuerte que nunca ha caído ni ha faltado!

—Pero si hubiera caído, pobre Dolores, hubiera hecho todo lo posible para levantarme, y eso es lo que usted debe hacer. Dios lo ha dicho: para el bien nunca es tarde.

—Pero—exclamó Dolores,—¿cómo subsistiríamos mis hijas y yo? ¡Esta vida me agobia..., me mata, Margarita! ¡Esta vida es y ha sido siempre para mí un suplicio horrible! ¡Oh!; ¿hay algo comparable á estar incesantemente fingiendo amor con el corazón helado? No sé si es mayor desgracia el estar rodeada de todos los refinamientos del lujo, ó el carecer de todo en semejante situación. ¡Margarita, déjeme usted que la trace, siquiera sea brevemente, el cuadro de mis desdichas, para que no me desprecie tan profundamente como lo haría de otro modo, para que me compadezca y



vea que la desgracia ha tenido no poca parte en mi perdición!

—Sí—dijo Margarita:—ábrame usted su corazón, pobre mujer, y no tema confiarme todas sus desgracias.

—¡Oh, han sido tan grandes!—murmuró la joven.—Yo amaba..., amaba con ese amor primero de la mujer, que si bien es flor de primavera, se convierte en árbol de ricos frutos si no le troncha la tempestad; el huracán se llevó las flores de mi amor, y le perdí; el hombre á quien amaba me dejó, se olvidó de mí y se casó con otra mujer á la que amaba, y la que jamás le amó.

El dolor de mi falta mató á mis honrados padres, y fuí castigada con la maternidad cuando quedaba huérfana y sola en el mundo: sentí que aborrecía á aquella niña, fruto de mi falta, y la alejé de mí... Recogida yo por caridad en la casa de una noble joven, se presentó un hombre diciendo que quería casarse conmigo: yo no le amaba, pero acepté por salir de aquel estado de dependencia en que me hallaba; fuí madre de nuevo, y me reconcilié con la suerte, sintiendo renacer en mi alma el amor hacia mi primera hija.

Mi marido amó también á la misma mujer que me había robado á mi amante: era suerte mía el

hallarla siempre en mi camino... No la acuso...; ha muerto ya, y, según he podido comprender, la ha llevado á la tumba el pesar y el remordimiento de sus ligerezas.

Madre de dos hijas, viuda y sin recursos, hube de atender á sus necesidades: mi primer cuidado, mi mayor afán fué tenerlas separadas de mí: que no viesen la degradación de su madre...; hacerlas mujeres honradas, para que fuesen lo que yo nunca había sido. Ya sé que para esto era el medio mejor el haber imitado el ejemplo de usted, Margarita; que debía haberme resignado á trabajar en la obscuridad de mi casa para mis dos niñas, como usted trabajaba para sus dos hijos...; pero no tuve tanto valor: mi alma no era tan fuerte, y además era muy joven y estaba rebosando de amargura, herida en el corazón, enferma de una manera incurable. Tomé, pues, el partido más odioso, pero el único que entreví para vivir con mis dos pobres hijas, víctimas inocentes de mis extravíos. Pues bien, amiga mía, buena y noble Margarita: hoy daría todo lo que me queda que vivir, por haber hecho lo que usted hizo.

—Aún es tiempo—dijo madame Warner, enjugando algunas lágrimas que se desprendían de sus ojos;—aún es tiempo, pobre madre. Felizmente

sus dos hijas ignoran esos terribles misterios de su vida, ¿no es verdad?

—¡Oh, sí!; esos terribles misterios, como usted los llama, jamás han llegado hasta ellas...; no: los he guardado para mí, y ellos han desgarrado mi corazón. ¡Oh, si supiera usted qué crueles alternativas han sido las de mi vida! Hoy, mantenida por un hombre espléndido y rico que me daba carruajes y joyas, pero al que yo no podía amar; mañana, alucinada por una sensación pasajera creyendo amar yo misma á un pobre joven al que tenía que mantener; otras veces ligada á un hombre de escasa fortuna, y obligada, para serle fiel, á contraer deudas; y en medio de todo esto conservando el gusto por las artes, desarrollándose la inteligencia con el trato del mundo, obligada á tener buenos y elegantes modales, á emplear palabras cultas y sonrisas amables y seductoras, cuando tenía desgarrado el corazón, y el hastío me devoraba... ¿Qué valen los sufrimientos, las privaciones de la esposa casta, de la madre honrada de familia, comparados con esta tortura moral, con esta soledad del corazón, con esta enfermedad del alma? ¿Qué vale el trabajo continuo, el cumplimiento de los más arduos deberes, comparado con este desprecio de sí misma, con esta

profunda abyección, que todo lo vuelve negro en derredor nuestro?

—¡Oh, pobre mujer!—exclamó madame Warner, que lloraba;—¿cuánto ha debido sufrir!

—Tanto, que la sola idea de aquellos dolores me estremece. Sí: he sido algunas veces bastante soberbia para creerme con derecho á consideraciones, y hundida en el fango, todavía quería levantar la frente... ¡Perdón, Margarita!... Ahora mismo, al hablarme usted con el severo lenguaje de la justicia y de la razón, me irrité como de un insulto...; perdón, y oiga usted mi último ruego: consiga usted que Luz se case con el hermano de Modesta, de la que fué mi amiga.

—Señora—respondió Margarita con gravedad, —me veo obligada á repetir lo que antes le he dicho: sólo cuando usted deje esa vida de locura y de desorden que lleva, irá el anciano padre de Federico, el honrado artista, á pedirle la mano de Luz para su hijo: en esto no hay esperanza de que cedan.

—Pero yo no puedo por ahora dejar la casa en que habito; no puedo hacer mi retirada del mundo, así, de improviso...; tengo deudas y no tengo medios...

—Dios los da siempre que se desea volver al

camino de la virtud; su mano providente no nos desampara jamás. Usted, huérfana, desvalida, olvidada de todos, y sola como en un desierto en medio de tantos como le compran su amor, pobre en medio de la opulencia, triste en medio del fausto y de los placeres; usted se halla así porque se ha separado de Él..., porque no le llama, porque no reza..., mi pobre amiga. Uno de los mayores beneficios de nuestro sexo es la oración: es el medio de llamar á Dios, que responde siempre á quien le invoca.

Dolores quedó pensativa durante algunos instantes: de su semblante habían ido desapareciendo las negras sombras que le envolvían, conforme escuchaba aquel lenguaje de paz y de consuelo.

—Sí—dijo,—veo que tiene usted razón: la oración es la fuente inagotable de la esperanza... ¡Qué dichosa era yo cuando rezaba! Sí: quiero volver al buen camino..., al trabajo, á la paz...; pagaré mis deudas con el producto de mi trabajo; me iré á vivir modestamente con mi hija á una casita pequeña...; trabajaremos las dos...; porque Luz se casará con Federico, ¿no es verdad?

—Sí, amiga mía: tan pronto como usted varíe de modo de vivir.

—Sí, eso es...; sola yo con Lágrimas, nada nos faltará... Adiós, Margarita, adiós...

Dolores se lanzó fuera de la estancia.

—Persevere usted en ese buen propósito—dijo madame Warner saliendo tras ella;—entonces todos seremos dichosos..., porque Frantz, que va á llegar de Italia, podrá casarse con Lágrimas.

—¡Ah!; ¿va á llegar Frantz?—preguntó Dolores deteniéndose cuando ya empezaba á bajar la escalera.

—Sí: va á llegar, para no separarse ya más de mi lado ni del de su hermana.

Dolores no respondió nada; acabó de bajar la escalera, y se halló en la calle, trémula y pensativa.

## CAPÍTULO VIII

### EL PADRE Y LA HIJA

Algunos días después, una venta pública tenía lugar en casa de Dolores de Benavente, una de las mujeres más bellas y más célebres de Madrid.

Se sacaban á pública subasta los caballos, los carruajes, el soberbio mobiliario, los suntuosos trajes y las ricas joyas.

Se vendía todo para pago de acreedores, y por disposición judicial alcanzada por la implacable Coralía de Senanges, antes su mejor amiga, ahora su más despiadada acreedora.

Dolores, retirada en uno de los aposentos más lejanos del salón principal, donde tenía lugar la venta, oía con estremecimientos de ira la voz del tasador y las de los compradores.

La justicia no le había dado lugar á retirarse de aquella vida de perdición. Coralía, que no la perdía de vista, y á la que adeudaba una cantidad muy crecida, supo que trataba de enajenar lo que poseía, y creyó sacar mejor partido con aquella venta pública.

En tanto que Dolores, sombría y solitaria, se entregaba á la desesperación, un caballero bajó de su carruaje, subió presuroso la escalera, y llegó hasta el peristilo, donde penetraba todo el mundo.

Su aspecto era noble y elegante: los criados le creyeron algún comprador, y le dejaron pasar.

—Yo no vengo á comprar, buen amigo—dijo á uno de los servidores:—vengo á ver á la señorita Lágrimas, para la cual traigo un encargo de una de sus amigas.

—Eso es diferente, caballero—dijo el criado, que era uno de los pocos que habían quedado.—Tome usted ese corredor de la izquierda; siga por él, y se hallará en las habitaciones ocupadas por las señoritas y por su aya.

El caballero dió gracias, y siguió la dirección indicada: halló una puerta entreabierta, que empujó, y penetró en el saloncito de labor de las dos jóvenes.

Éstas se hallaban aturcidas por el bullicio que reinaba en la casa, y que aún no sabían de qué procedía; su actitud era la del terror; la del aya, la de un asombro que rayaba en el idiotismo.

—¿La señorita Lágrimas?—preguntó el recién llegado inclinándose.

—Yo soy, caballero—respondió la joven levantándose.

—¿Me concederá usted, señorita, media hora de conversación?—continuó el desconocido.

Lágrimas, confusa é indecisa, miró á su aya.

—Comprendo esa mirada—dijo éste, que parecía poseído de una conmoción profunda:—lo que tengo que decirle bien puede ser en presencia de miss Ofelia.

—¿Cómo, caballero? ¿Usted me conoce?—exclamó asombrada la inglesa.

—Tengo ese honor desde hace algún tiempo, mi apreciable miss—respondió el desconocido.—Dentro de pocos instantes, espero poder decir á usted mi nombre, y creo que no se admirará.

—Ya lo esperamos, caballero—dijo Lágrimas;—lo esperamos con impaciencia, así mi aya como yo.

—Pues bien, señorita: el secreto que debo revelarle es de tal naturaleza que no puede oírle su hermana de usted, y es forzoso que tenga la bondad de retirarse por algunos instantes.

—Vamos, hija mía—dijo miss Ofelia á Luz:—venga usted aquí, al tocador, y al instante iré yo á buscarla.

La pobre Luz, atónita, se dejó llevar, sin objetar una palabra.

Miss Ofelia, así que la dejó, volvió al saloncito.

—Mi querida niña—dijo el desconocido tomando la mano de Lágrimas y mirándola con ternura y con una emoción que en vano trataba de reprimir:—¿hace como un mes que recibió usted una carta?

—Sí, señor—respondió la joven recapacitando un poco.

—¿De la mano de un mendigo?

—En efecto...—añadió la joven, que empezó á temblar, presa también de una agitación violenta.

—¡Una carta!—repitió el aya.

—Sí...; una carta de su padre—dijo el desconocido:—se le aconsejaba en ella el más profundo secreto... Ahora bien, mi querida niña...: ¿no le dice á usted nada su corazón... al verme llorar?... ¿No adivinas nada, mi querida Lágrimas?

—¡Padre!—exclamó la joven cediendo á un impulso irresistible y arrojándose en los brazos del Conde.

Éste la estrechó en ellos, y durante algún tiempo reinó un silencio interrumpido tan sólo por los sollozos de la joven.

—¡Sí, soy tu padre!—dijo el Conde;—tu padre, que en vano ha intentado todos los medios posibles para verte y oírte...; tu padre, que ha espiado todas tus salidas, sin atreverse jamás á llegar hasta ti, por el temor de asustarte y de provocar un escándalo... ¡Cuánto he sufrido, hija mía, y cuánto he ansiado este instante que al fin me ha proporcionado el cielo! Sí, la confusión que hoy reina en esta casa me ha dado lo que en vano buscaba hace tanto tiempo...: una ocasión favorable para verte...

—Mi querida aya—dijo Lágrimas volviéndose con dignidad hacia miss Ofelia,—pido á usted el favor de que me deje sola algunos instantes con mi padre: pronto la llamaré.

Miss Ofelia echó una mirada recelosa sobre el que se decía padre de su educanda; pero sin duda la convencieron la nobleza de su aspecto y aquellos cabellos que ya empezaban á blanquear, además de esa luz que se desprende siempre de la verdad, y salió.

—Hija mía—dijo el Conde así que desapareció la inglesa,—es preciso aprovechar los instantes, y que te vengas conmigo... Sí..., es preciso que huyas del lado de tu madre y que te pongas bajo mi amparo... Perdona que no dé á tu inocencia

amplias explicaciones, y que sólo te diga muy pocas palabras... No puedes seguir viviendo al lado de tu madre, sin menoscabo de tu honor.

—¡Dios mío! ¡qué escuchol—exclamó la joven, dando á sus palabras un tono de horrible amargura.—¡Señor, yo no puedo abandonar á mi madre!...; todo lo haré menos eso... Ella es, para mi hermana y para mí, buena y generosa; nos ha colmado de cariño y de cuidados... ¡No, no puedo abandonar á mi madre!

—¡Pobre niña, cómo haré yo para convencerte, sin apartar de tus ojos el blanco velo que te oculta tanto cieno!—murmuró el Conde.—Una sola pregunta—continuó, como herido de una idea repentina:—¿sabes el suceso que hoy tiene lugar en esta casa, y que siembra en ella la confusión y el desorden?

—Sí...—contestó Lágrimas:—una venta de los muebles para pago de acreedores.

—¿Y eso qué te dice?

—Que mi pobre madre tiene deudas.

—¡No, hija mía! ¡Que vive entregada al más culpable desorden! ¡Que ha sostenido vergonzosamente una opulencia que no podía pagar!...

—Padre mío—repuso Lágrimas,—no quiero saber las faltas de mi madre...; más quiero creerla

buena que culpable... Yo te suplico que nada más me digas.

—¡Oh, fatal ceguedad!—exclamó el Conde.—Yo te respeto demasiado, hija mía, amo demasiado tu inocencia para iniciarte en algunos terribles misterios... Pero es preciso, porque yo he venido decidido á sacarte de aquí, y no me iré sin ti de esta casa que se cae al suelo... ¡No, antes sabrás toda la verdad! Escucha, hija mía... Hay una clase de mujeres, oprobio de su sexo, que viven del robo disfrazado bajo el velo de la galantería... Lágrimas, tu madre no ha sido jamás mi esposa...; ¡lo oyes?... ¡Esta suntuosa casa, estos criados, estos lujosos muebles, todo este fausto que te rodea, tu educación misma, es el precio de la infamia!...

Un agudo grito siguió á estas palabras. Luz, temiendo por su hermana, y sintiendo hacia aquel desconocido una aversión mezclada de terror, se había ocultado tras los pliegues de una cortina de seda y había escuchado aquella revelación terrible.

La impresión que hizo en su corazón tierno fué tal, que la angustia y el terror le arrancaron aquel grito, cayendo después desmayada en los brazos de su aya, que estaba leyendo en su cuarto y acudió á socorrerla.

Lágrimas, petrificada al oír aquellas terribles palabras, expresó su espanto por una inmovilidad completa: así quedan las flores en sus tallos al sentir rugir la tormenta.

—Ven conmigo, hija mía—prosiguió el Conde levantándose, asiendo la mano de la joven y tratando de hacer que le siguiese:—ven á la casa de tu padre, donde serás rica y honrada; ven á ser la dulce compañía de mi vejez, á que yo te dé el nombre que te falta, á que yo te elija el esposo que ha de hacerte dichosa... Aquí he oído decir que te quieren casar con un pobre pintor..., un hombre obscuro y sin porvenir; ven á ocupar el sitio que en la sociedad te corresponde...

—Padre mío—respondió Lágrimas desasiéndose de la mano que oprimía la suya,—repito lo que antes te he dicho: á mi madre debo todo lo que soy, mi bienestar, mi educación; amo á mi madre... y no quiero dejarla.

—¡Cómo!—exclamó el Conde de Elvén;—¿renuncias á la posición que te ofrezco, á la posición que es tuya porque es mía, y que tantas te envidiarían?

—Jamás he deseado excitar la envidia de nadie, padre mío; tampoco he envidiado á nadie jamás. Si el origen de mi educación es culpable, el

fin santifica los medios: compadezco á mi madre y la perdono. No quiero el nombre ni la posición que ha de separarme de ella... Tú eres noble y rico...; ella está pobre y arruinada... Á su lado debo quedarme, pues.

—¡Gracias, hija mía!—dijo una voz triste y suave detrás de Lágrimas.—Ese sacrificio no quedará sin recompensa: porque mi buena y santa madre decía que Dios paga siempre con usura á los hijos que aman y consuelan á sus padres.

Lágrimas corrió á los brazos de Dolores.

—Señor Conde—dijo ésta con una sonrisa á la vez desconsolada y amarga,—ya lo ve usted: mi hija no quiere dejarme... Dentro de breve tiempo tendré el honor de pedir á usted una entrevista para hablar de su porvenir, que me interesa tanto ó más que á usted. Ahora le suplico que tenga la bondad de retirarse y dejarnos solas.

El Conde envió una última, tierna y triste mirada á su hija, y salió de la habitación.